F
198 4

EL REY CABALGA,

LEYENDA

EN CINCO ROMANCES

POR

DON VICENTE BOIX

1848.

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS.

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
Biblioteca
80001654397

EL REY CABALGA.

F
198 4

Para la Biblioteca de la Universidad
Literaria de Valencia

M. P. de Laserna

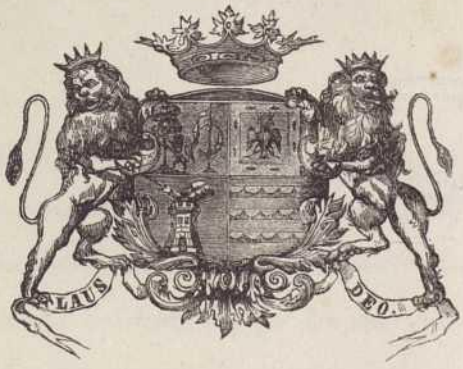
EL REY CABALGA,

LEYENDA EN CINCO ROMANCES

POR DON VICENTE BOIX,

DEDICADA

AL ILUSTRE SEÑOR MARQUÉS DE CÁCERES.



VALENCIA: 1848.

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS.

Biblioteca Universitaria de Valencia

b 16457286
i 1837654x

R. 91.021

A MI AMIGO

el Sr. Marqués de Cáceres.

Agitada hasta ahora mi vida, como los días borrascosos de un marino, he consagrado muy pocos momentos á los encantos de la amistad. Oscilante siempre mi existencia, conozco ya por fin la felicidad de tener amigos. ¡Los pobres, sin embargo, los encontramos apenas!

Cualquiera, empero, que sea el mezquino número que hoy pueda contar al rededor mio, no es V. el que menos se ostenta para mi consuelo.

Al estrechar el dulce lazo que nos une, hubiera querido yo, pues, formarlo de flores menos marchitas que las que ofrece esta lánguida Leyenda.

Esta poesía, si este nombre le pertenece, no es ya mas que el eco moribundo de mi imaginacion, tan triste como el gemido de un náufrago.

Consérvela V., sin embargo; porque la amistad, lo mismo que la Religion, no desdeña ni las ofrendas del opulento magnate, ni las flores silvestres que deposita en sus aras la mano rústica del labriego.

Yo no tengo porvenir; pero dejo en manos de V. una pequeña prenda de recuerdo para cuando, llegado á la puerta de su casa, no le

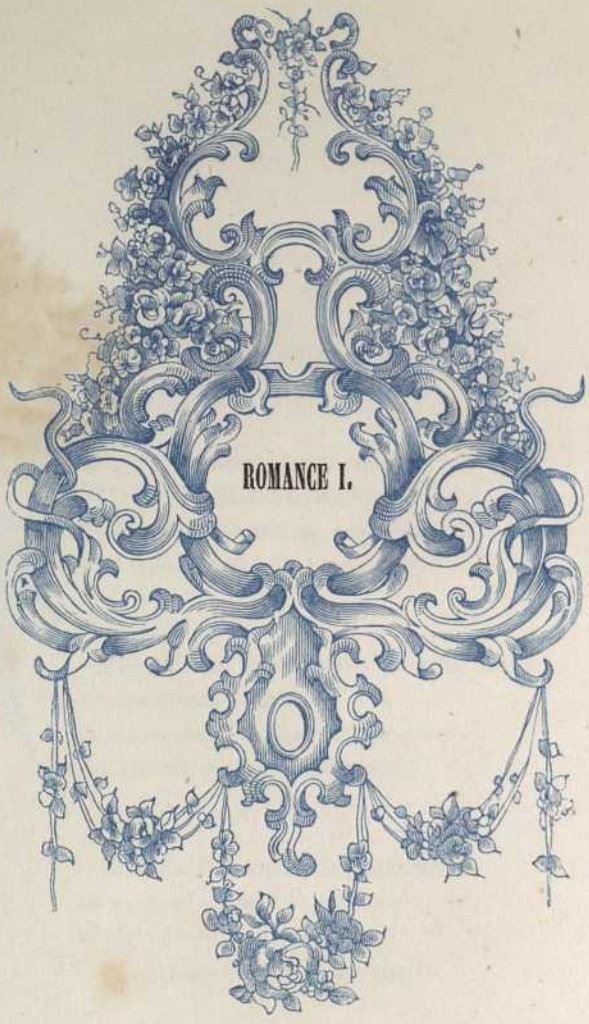
niegue V. su entrada al pobre y errante peregrino que vendrá á saludarle siempre en nombre de la amistad.

Perdone V., en fin, si tan corto obsequio no llena cumplidamente sus esperanzas, ni la inmensa voluntad con que los ofrezco á su indulgencia.

B. S. M.

Vicente Boix.

Valencia 21 de Enero de 1845.



ROMANCE I.

Dó están las horas, que benigno el cielo
Al pobre trovador concedió un dia,
Cubriendo el corazon con la esperanza
Y el sueño hermoso de la paz amiga?

¿Dó están los cantos que al placer un tiempo
El arpa sonorosa repetia,
Cuando sedienta el alma entre ilusiones
Formaba un cielo de su pobre vida?

Tambien un tiempo en solitarias horas
De una madre infeliz á las cenizas
Mi labio dirigió tristes suspiros,
Eco angustioso de mi humilde lira.

Y ante la tierra que la cubre oscura
Lloraba el hijo, que llorar debia,
Tanta esperanza que se hundió en su huesa,
Tan dulce apoyo á mi naciente vida.

Y todo se acabó; que hollando escombros,
Brotando sangre la feróz megilla,
Revuelto en la canalla su ropage,
Y abierta á los incendios la pupila,

La audáz revolucion hundió en el polvo
Mi frente jóven, mi esperanza y vida,
Mi porvenir tambien, y de su manto
Besé entusiasta la agitada fimbria.

Y allí quedó para yacer oscura
Menguada el arpa que pulsé algun dia;
Mas no la sangre empañará las flores
Que quedaron allí tambien marchitas.

Vuelve otra vez á resonar, empero,
Arpa olvidada y para mí perdida;
Una vez nada mas, que una vez sola
Comprendo en mi afliccion lo que sentia.

Comprendo que perdí de un alma jóven
Mas que el placer de una ilusion divina,
La esperanza feliz que siembra flores
Y hace brotar placer en las cenizas.

Una vez nada mas, que ya en la mente,
La grata inspiracion ¡ay Dios! se eclipsa;
Y moribunda ya se presta apenas
Al doliente clamor del alma mia.

Aun las murallas de Valencia hermosa
Con moriscos despojos se cubrian,
Y aun de Zaen (*) la aterradora huella
Marcábase del Turia en las orillas.

Del gran conquistador Jaime primero
La gigantesca mente discurria
Crear un pueblo, cuya noble raza
Rica en poder y en el valor mas rica,

Un tiempo fuera admiracion del mundo;
Si alguna vez del crímen la mancilla
No borrára tambien algunas flores
Que allá ciñera en su inmortal conquista.

(*) Ultimo rey moro de Valencia.

El rey legislador entre los sabios,
Soldados á la par, tal vez medita
Las doctas leyes, que el saber moderno
Nunca despues las igualó en valía;

Mientras Valencia respiraba aromas,
Y al blando impulso de sus leves brisas
Del Turia entre las flores reclinada
Gozábase en la paz de su conquista.

Bravo el cristiano con sus nobles lauros
Alzaba con placer su faz altiva,
Dando la mano al que enemigo grande
Valiente moro se le opuso un dia.

Unos y otros á la augusta sombra
Del gran conquistador quietos vivian,
En zambras y en festines estrechando
Lazos eternos de amistad y dicha.

Si bien los moros en silencio triste
Su adversa suerte sin cesar sentian;
Pero callaban, como calla un pueblo
Cuando una espada aun vencedora brilla.

Todos, empero, bajo el blando yugo
En que vencidos con dolor gemian
Estraños en su patria conservaban
Grata esperanza de triunfar un dia.

¿Qué pueblo la perdió ni en la bajeza
De torpe condicion? ¿qué alma mezquina
No siente entre los hierros que la oprimen
Algo de noble en su miseria misma?

De Valencia los moros, sin embargo,
Gozaban proteccion, gozaban dicha;
Si dicha cabe en el que esclavo vive,
Aunque con flores su existencia ciñan.

Y aunque el monarca con sus doctas leyes
Menos pesada su coyunda hacia,
Tal vez tentaban con secretos planes
Romper el yugo con sorpresa indigna.

¿Mas quién osára en su opresion primero
La enseña levantar, si todavía
Fresca la sangre fraternal bañaba
Del blando Turia la feráz campiña?

¿Si aun palpitantes los recuerdos nobles
Del pueblo aragonés doquier tenian
Restos heróicos de sus hechos grandes
Que fueron el terror de la morisma?

¿Ni quién osára contrastar la suerte
Del rey aragonés, si entre desdichas,
Admirando la Europa su fortuna,
Contemplaba sus hechos aturdida?

Solo un caudillo á resistir se atreve
El grande impulso que al monarca guia
Y á contrastar al paladin heróico
Que el mundo entero prosternado admira.

En el alcázar del monarca invicto
Mimado por la suerte entre caricias
Un jóven moro con fortuna vive,
Causando á muchos en su suerte envidia.

Nacido en los jardines de la Alhambra,
De padre moro y madre granadina,
Conservaba el valor del africano
Y el noble orgullo de su madre altiva.

Diz que proscrito de su patrio suelo
Y lejos del Genil á las orillas
Del Turia ameno se acogió, buscando
No en vano proteccion en su desdicha.

Y la encontró eficáz. Jaime primero
Que aun celebraba su feliz conquista
Ceñido de laureles en los templos
Que fueron antes míseras mezquitas.

Con amor paternal recibió al moro,
Honrando, como rey, su alcurnia altiva,
Premiando, como bueno, sus esfuerzos,
Fiando el porvenir á su valía.

Llamábase Azadrach el moro ilustre,
Por cuya jóven frente se desliza
El sexto lustro, que cumplió en Valencia
Y en el alcázar donde alegre habita.

Belleza, juventud, noble mirada,
Talle gentil, educacion muy fina,
Formaban de sus gracias un tesoro
Que mas de un paladin cristiano envidia.

Ardido en los combates es su lanza
Rayo terrible que doquier derriba
Cuanto á su bote opone resistencia,
Pues su lanza jamás fuera vencida.

Caballero y galan en los estrados
Su deliciosa voz tal vez cautiva
Mas de una dama, cuyo amor secreto
A través de suspiros se adivina.

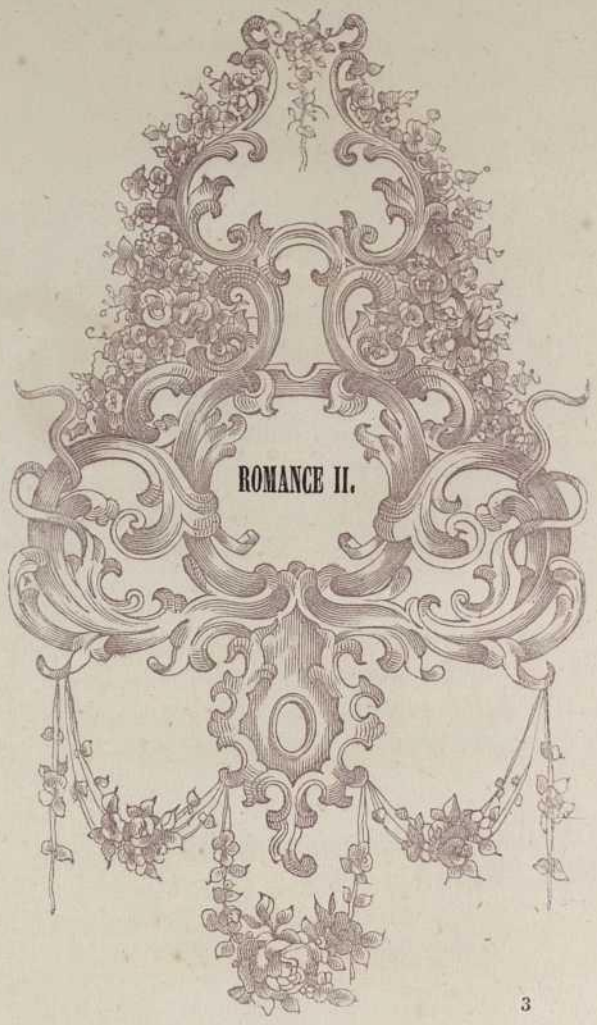
Si con gracia elocuente se produce
En su idioma natal, no menos viva
Es la grata emocion que el moro causa
Si en el lenguage limosin se esplica.

¿Y era feliz? Del pensador mas grave
Pudiera descubrir la simple vista
Mas de una sombra en la orgullosa frente
Del jóven Azadrach, cuando suspira;

Cuando en silencio por el regio alcázar
Cual lúgubre fantasma se desliza,
Buscando soledad, y cuando altivo
Responde con desden á las caricias.

Fosco tal vez y duro con las damas
Lejos del trato con frecuencia esquiva
Del blando amor las encantadas horas,
De ser amado la fortuna misma.

Tal vez la mente en su gigante orgullo
Alto secreto amor sin duda abriga,
Y todo son sospechas en palacio,
Y todo es presuncion; mas nadie atina.



ROMANCE II.

Triste como el sepulcro solitario
Entre encrespadas nubes reclinada
Sin que en el cielo una vislumbre ostente
Negra la noche entre su horror cerraba.

Un viento norte con silbido horrendo
Rugía en torno del antiguo alcázar,
(Hoy almodin, donde abundoso el trigo
Se hacina de Castilla, el vulgo llama);

Y en los estrechos callejones sopla,
Formando donde quier voces estrañas,
Y al revolver de sus esquinas crece
Aumentando el pavor de la canalla.

Ni un alma por allí; solo pausado
El grave centinela del alcázar
Pasea silencioso entre las sombras
Oyendo el choque de sus mismas armas.

Ni un mezquino farol débil alumbra
Las tortuosas calles que, inmediatas
A la régia mansion tristes la cercan,
Y sucias como entonces hoy se hallan.

Un bulto negro con ligero paso
Se distingue salir del régio alcázar
Y que es moro en verdad se vé, aunque apenas,
Por la mezquina claridad que exhala

El pálido reflejo que en el atrio
Espide moribunda una alimara,
Que triste cual la luz de un cementerio
Sombrea desde la alta escalinata.

Conoce acaso el centinela al moro
Y haciéndole un saludo con sus armas
A usanza antigua retemblando el suelo,
El moro entre las sombras se resbala.

Cruza las calles que á su frente vienen,
Y en la ciudad se interna, hasta la rambla
Donde los frailes de Guzman entonces
Su santo monasterio levantaban.

Fangoso apenas permitia un paso
Adelante avanzar lo que hoy es plaza,
Y una profunda acequia que nutría
Un molino harinero la cruzaba.

Atraviesa el incógnito la puente
Que aquel torrente desde antiguo salva,
Y dejando á la izquierda el monasterio
Hasta el Turia amenísimo se avanza.

Tranquilo el rio entre guijarros lleva
Su curso al mar que al recibir sus aguas
Azota blandamente las arenas
Que con desden suave le rechazan.

Párase el moro á contemplar el Turia
Que manso le recuerda de su patria
El gracioso Genil y hondo suspiro
De su pecho firmísimo se exhala.

Calló despues y á la merced del viento
El morisco alquicel libre ondulaba,
Y en el cercano monasterio sordas
Se oian de los monges las plegarias.

Otro rumor se acerca, y al instante
El moro recobrándose levanta
Su faz al cielo y dilatando el pecho
Hácia el bulto que llega el paso avanza.

— ¡Zeit! — le grita, y á su voz sonora
Imponente á la par, otra le ataja
— ¡Azadrach! — contestando, y ambos moros
Se acercan, reconocen y se abrazan.

— Guárdete Alá, con espresion tranquila
Dice Azadrach, y en su bondad sagrada
Confiemos los dos. Cobarde el pueblo
¿Aun á mis voces, como suele, calla?

— No tal, señor, que en su afliccion inmensa
Solo un caudillo, que le salve, aguarda
Romper ansiando la fatal coyunda
Que le oprime sin fin y que le mata.

Nuestros secretos emisarios todos
Circulan sin parar; de casa en casa
Vuelan vertiendo con sagrado celo
Los nobles sentimientos de venganza....

—Venganza, sí, pero terrible, amigo,
Interrumpe Azadrach, y una patada
Horrísona en el suelo repitiendo,
¡Venganza, sí tendrá, venganza! esclama.

¡Cuánto, Zeit, ese momento ansiado
Sonrie al corazon! ¡oh! cuánto halaga
El dulce nombre de venganza, amigo,
Cuando para ser libre espera el alma.

¿Dispuesto todo está? ¿mis prevenciones
Bien seguidas están? dime, ¿las armas
Consérvanse en los puntos designados
Por varones leales bien guardadas?

—Cumplido todo está, mientras ardidos
Algunos en las ásperas montañas
Buscan asilo yá salvando en ellas
Los restos miserables de la patria.

Solo los viejos y los tiernos niños
Con las mugeres débiles aguardan
Sumidas en el llanto los momentos
De vernos perecer ó de ser salvas.

— ¿Qué nos importa su mezquina vida?
Que mueran ó que no, Zeit, la patria
Es antes que el amor.... ¡Triste recuerdo
Que he de inmolar tambien ante sus aras!

No lo digas, Zeit; arde en mi pecho
Devorante, tenáz, la activa llama
De un amor grande, que estinguir no puedo
Y que supo inflamar una cristiana.

— ¡Azadrach! — ¡Ay! escucha y despues justo
De mi pasion irresistible falla.
Pasion que eterna vivirá en el pecho,
Pero que ingrato inmolaré á la patria.

Cuando espulsado por injusta envidia
Con profundo pesar dejé á Granada,
Vine á Valencia y en el rey cristiano
Hallé, porque es cumplido, mucha gracia.

Jaime, cual bueno, me colmó de dones,
Y consejero fiel en el alcázar
Le servia leal, y en los combates
Siempre á su lado halló mi fuerte lanza.

Yo me batí por él contra los mios
Porque en ellos cobardes encontraba,
Que abandonando de Valencia el muro
Se dejaban matar teniendo patria.

Sucumbieron por fin. Triunfante entonces
El que á Aragon regía audáz monarca
Con doctas leyes reguló este pueblo
Mientras lejos triunfar hizo sus armas.

En el regazo de la paz amiga,
Y en el seno feliz de la abundancia
Al par que comprendí mi propia dicha
Penetré de los mios la desgracia.

— ¡Magnánimo Azadrach! — Desde aquel punto
Ningun placer mi corazon gozaba
Y entre el régio oropel de los festines
Mi pueblo se ofrecia en formas varias.

Ora acosado por el hambre via
A ese mísero pueblo, antes monarca,
Esclavo suspirar, para sus hijos
Buscando el pan ante opresora planta.

Ora gimiendo en humillante albergue
Entre harapos sin fin, su misma patria
Sirviéndole de cárcel y de tumba,
Perder hasta el dolor de la esperanza.

Y todos contra mí; todos en grupo
Llamándome traidor. Yo me apartaba,
Y cuanto mas huia, mas sangrienta
Crecia contra mí mi propia infamia.

Su llanto donde quier. Si entre las copas
De los régios festines y las zambras
Una escogia, hasta su fondo de oro
Su llanto y mi despecho se filtraba.

¿Ni dónde el sueño, si traidor infame
Via su imágen sin cesar alzada?
No dormirá el traidor, ni el que su mano
Con sangre fraternal una vez baña.

Y recordé, por fin, que en estas venas
Circula con ardor sangre africana;
Y jurando vengaros, pudo entonces
Gozar de toda su espansion el alma.

Mas ser traidor al rey, que bondadoso
Mi suerte adversa en mi salud trocara,
Era cruel, Zeit; pero y mi pueblo,
Y mi pueblo, Zeit, que me llamaba;

Que me pedia libertad y aibergue,
¡Quedar debia en postracion bastarda,
Mientras yo solo en el funesto estrago,
Insultando sus tumbas disfrutaba!

Sea yo ingrato, pero salve al pueblo:
Sea vil con el rey, pero mi patria
Por mí se salvará, bien que en mi frente
Tan vil accion se ostentará marcada.—

Dijo Azadrach, y funeral silencio
En torno dominó, por breve pausa,
Volviendo el personage de este modo
A proseguir su narracion cuitada.

— Desde el momento en que, abrigando el pecho
El gustoso placer de la venganza,
Quise esforzado reparar los males
De que inocente acaso era la causa;

Mil proyectos pensé; mas uno solo
Con delirio abrazó sedienta el alma,
Y á egecutarlo me ofreció la suerte
Medios seguros en el régio alcázar.

Celoso el rey en la defensa firme
De la cristiana fe porque batalla,
Siempre por ella derramó su sangre,
Y eterno es yá por ella ese monarca.

Su ardiente celo y fraternal cariño
Mil veces al bautismo me impulsara,
Y aprovechando tan tenáz porfía
Rindiéndome á la fe fingí abrazarla.

Gozoso el rey en mi promesa astuta,
Que un santo monge me adoctrine manda,
Mientras mi conversion pagar intenta
Con el ardiente amor de un alta dama.

Tambien fingí que mi pasion por ella
Iba en aumento dominando el alma,
Y que en su fuego inestinguible el moro
Abrazaba la fe de la cristiana.

Y digna era de amor; bella, inocente
Preciosas son, Zeit, todas sus gracias,
Y ella á mi halago y á mi amor rendida
Con su amor y su encanto me premiaba.

Su ilustre padre complacido y bueno
Nuestra naciente inclinacion mirara
Con dulce afan y en nuestra union dichosa
Guerrero insigne concibió esperanzas.

Mas no la amaba yo; mis dulces trovas
Solo amargura y pena respiraban,
Que en medio de su encanto otro mas grande
Me ofrecia el recuerdo de mi patria.

Mis suspiros sin fin, mi hondo silencio
Que la noble doncella interpretara
Como el eco de amor de un alma mora,
Eran ecos tan solo de venganza.

Pero el que era, Zeit, amor fingido,
La que era incierta vaporosa llama,
Trocóse en un volcan; que no se puede
Amar mintiendo á una beldad cristiana.

Su inocencia infantil, sus dulces mimos,
Sus caricias sin término y sus gracias
Al altivo Azadrach por fin rindieron;
Y el altivo Azadrach suspira y ama.

No ya la religion ligó mis pasos
Cerca del trono del leal monarca,
Ligábame el amor; y el amor solo
Pudiera dominar de hierro esta alma.

Por ella sola me olvidé del llanto
Que en vuestro pan se mezcla, y la venganza
De mi pecho olvidé.... Zeit, perdona,
Mas ¿quién no olvida, si entre dichas ama?

¡Perderla yo, Zeit! perder las horas
Que á su lado dichoso yo contaba,
¡Perderla yo, Zeit! con sangre solo
Puedo tan grave pérdida llorarla.

¡No verla mas! ¡y suspirar ausente!
¿Qué valen las mas prósperas jornadas,
Si mi frente jamás con blanca mano
Vendrá á ceñirla la beldad cristiana?

—¡Azadrach! interrumpe el personage,
Dando á su voz amenazante calma,
¡Azadrach! ese amor impío y grave
Debe en tu pecho ser funesta carga.

¿Dónde tu ley está? ¿dó tu creencia,
Dónde la fe que á la doliente patria
Consagraste una vez? Maldito el hombre
Que el sagrado deber cede á una dama.

Escúchame, Azadrach; ó esa tu sangre,
Por mano vengadora derramada,
A mis pies verterás, ó ante Alá jura
Para siempre borrar tu negra infamia.

Respóndeme, Azadrach; ¿si nuestros planes
Osara resistir el gran monarca
Que harás? responde. — Como fiel, matarle.
—¿Y tu dama, Azadrach? — Tambien matarla.

Biblioteca Universitaria de Valencia

Y hondo silencio sucedió á este grito
De aquel proyecto infame de venganza,
Mientras el Turia, entre las negras sombras,
Con blando curso hasta la mar rodaba.

ROMANCE III.

Espléndida la aurora coronada
De luz y de perfumes derramando
Vida y placer en la callada tierra
No habia sobre el mar bella asomado;

Cuando Azadrach á la ciudad volvia
Fiera la faz y en su proyecto insano
Devorando terribles pensamientos
Que á un término le arrastran bien amargo.

Como acosado de infernales furias,
Fantasma funeral, lleva sus pasos
Por las estrechas calles de Valencia
De agua cubiertas y de sucio fango.

Sin direccion tal vez vaga en silencio
Por aquel laberinto solitario
De tristes callejones y casucas
Que ocupan hoy espléndidos palacios;

Y al penetrar entre la opaca sombra
De un pequeño callizo que hoy el baño
Del Almirante ocupa, oyó muy cerca
De algun curioso los ligeros pasos.

Detiénese Azadrach, mas nada escucha
Y que fuera aprension tal vez juzgando
Prosigue su camino hasta el alcázar
Donde le lleva el pensamiento acaso.

Mas al llegar al templo, que á la Vírgen
De las Virtudes era consagrado
Desde el tiempo del Cid, hoy San Estévan,
Oyó rumor de voces muy cercano.

Alguien se cerca; y el oido atento,
Vuelve la faz en torno preparando
Al mismo tiempo su terrible alfange
Que al punto brilla en su robusta mano.

Contaba entonces el monarca augusto
En su egército fiel hombres estraños,
Cuyas costumbres, armas y lenguage
Fueran del moro y de la Europa espanto.

Llamábanse almugábares. Su vida
Estraña aun al comun de los cristianos
Era un conjunto de costumbres brutas
Que aun mas salvages las hacia el trato.

Cubiertos de una piel, tiznado el rostro,
Desnudo el pie, con el cabello largo,
En su aspecto asqueroso presentaban
De un animal indómito los rasgos.

Armados de un puñal y de una azcona
Tan temibles á pie, como á caballo,
Jamás cedieron su pujanza y brio
Al número ó valor de sus contrarios.

Hablaban rara vez, y con los suyos
Tenian relacion y social trato;
Solo con ellos; y en su audáz bravura
Siempre con los demás fueron huraños.

Su mezquino alimento consistia
En carne cruda, mas de vez en cuando;
Que un mendrugo de pan diariamente
Para vivir bastaba á estos soldados.

Feroces en campaña hasta los pueblos
En los tiempos de paz duros llevaron
Sus costumbres de hierro, seria alarma
Su aspecto y sus recuerdos derramando.

Precisamente en los antiguos dias
Que describiendo en nuestra trova vamos,
De estos guerreros la feróz mesnada
Disfrutaba en Valencia de descanso;

Y su encuentro tal vez entre tinieblas
Temió Azadrach al escuchar cercano
Rumor de voces y en defensa justa
Sacó el alfange, como noble y bravo.

Mas no eran, no, los fieros almugábares
Los que en tal sitio y con estruendo tanto
El solemne silencio interrumpian,
Por la profunda oscuridad marchando.

Que era Mosen Carróz, el noble padre
De Elfa la bella, cuyo amor y encanto
Formaban de Azadrach el dulce hechizo,
Para premiar su fe, si era cristiano.

El ilustre Carróz, cuyo denuedo
De Denia en la conquista adquirió lauros
Que el invicto D. Jaime envidiaria
Si no fuera este monarca tan soldado.

Con el noble Noguera en compañía
Salia á aquellas horas de palacio
El inmortal Carróz, en pos seguidos
De algunos pages, y bullicio tanto

Llevaban entre sí estos paladines,
Que Azadrach sorprendido y recelando
Cualquiera lance desnudó el alfange,
Resuelto á defenderse como á bravo.

Cuando cerca estuvieron, á su encuentro
Se avanza el moro con seguro paso,
Y con robusto acento á aquellos bultos,
¿Quién vá? les grita en limosin bien claro.

—Quien puede y quiere, le contesta ardido
Nogueras con furor. Diga el villano
Si tan suelta la espada, cual la lengua,
Puede medirse con acero honrado.—

—Valiente está el doncel con la compaña
De pages, escuderos y de esclavos,
Si aun le alienta el valor en este lance
Como entre damas en risueño estrado.—

—Defiéndete, bergante; audáz replica
Noguera á este combate provocado,
Y hendiendo las tinieblas con la espada
Busca animoso á su feróz contrario.

Mas de Carróz la voz atronadora
Por el estrecho callejon sonando
Se deja oir en el letal silencio
Repitiendo dos veces: ¡alto, alto!

Que es Azadrach, prosigue el personage,
Favorito del rey, y es un bastardo
El que con mengua de su propio nombre
Tan cerca osa insultar ese palacio.

¡Respeto al rey! —Si en el festin lujoso
Del placer al arrullo y al encanto
Y al delicioso son de una armonía,
Entre la seda y al gracioso halago

De una beldad, cual la esperanza, hermosa,
Por la rica techumbre penetrando
Con terrible fragor y hondo estampido
Del trueno entre el horror cayera un rayo;

No produjera tan visible efecto
En el alma feliz del que, estasiado
En el goce sin fin de aquella hermosa;
De placer en placer volaba avaro;

Como el que al punto de Carróz el grito
Por las espesas sombras retumbando
En Noguera produjo y en el moro
De furia y de rencor embriagados.

Triste silencio sucedió á esta escena
Que solo interrumpió de algunos pasos
La marcha desigual, y un bulto negro,
Cual por la voz de un mágico evocado,

Rápido se acercó: mas que era un moro
Se conoció al momento y entre el pasmo
De su imprevista aparicion esclama:
«La sangre para ti, perro cristiano.»

«Guardad las damas; pues sangriento un dia
Para todos fatal está cercano;
Tomad, Noguera, la segura prenda
De lo que os dice el moro: ahí va un regalo.»

Y antes que el ofendido caballero,
Cual cumplia á su honor, tan torpe agravio
Vengar pudiera, castigando al moro,
Sintió caer hasta sus pies rodando

Informe objeto que, al quedar inmóvil,
De sucia fetidéz llenó el espacio,
Y envuelto entre las sombras escapóse
Riendo á carcajadas el villano.

Un escudero de Carróz el bulto
Intenta recoger de entre aquel fango,
Mas distinguiendo una cabeza trunca
Soltóla al punto y retembló de espanto.

Tan horrible trofeo y triste prenda
Del insolente moro en su presagio
Llenó de indignacion á los presentes
Que á perseguir al moro se aprestaron.

Nadie quedó; porque Azadrach confuso
Con horrible ansidad entró en palacio,
Mientras Noguera con Carróz siguieron
La pista del traidor á largos pasos.

Era la hora que en tranquilo sueño
Elfa dormia en lecho regalado,
Segura en el alcázar, do el monarca
Don Jaime la tenia á buen recaudo.

De un gigantesco negro defendida
La entrada al aposento solitario,
Elfa tranquila de su dulce sueño
Se entregaba feliz al bello encanto.

Una modesta lámpara de hierro
Sobre un reclinatorio descansando
Espedia su luz, que se filtraba
Moribunda tal vez y triste acaso

Por las altas cortinas, que sombrean
De la jóven doncella el lecho blando;
Sin que el hondo silencio de la estancia
Interrumpiera, no, el rumor mas vago.

Dormida como el ave solitaria
Junto á una gruta en el florido prado,
Como en la cuna duerme el tierno niño
De jóven madre entre los dulces cantos;

Elfa reposa, cual la flor temprana
Que el aura mece en su pequeño tallo,
Besada por el céfiro y la brisa
En la mañana del risueño Mayo.

Mas un ligero y débil movimiento
Los séricos tapices ondeando
Se observó de repente y en la estancia
Azadrach penetró con firme paso.

Una secreta puerta conocida
Solo por él, y que el ingenio claro
De un sábio moro practicó hábilmente,
Valiéndole el silencio un gran regalo;

Al amante doncel facilitaba
Los medios de ostentar con entusiasmo
Su inestinguible amor ante su dama
Magüer que nunca le faltó al recato,

Que ella era noble, y á faltar el moro,
Su demasía le costara caro;
Bien que jamás se presentó á estas horas
Al dichoso doncel enamorado.

Segura, pues, en su tranquilo sueño
Elfa la hermosa en infantil descanso
Dulcemente dormida, ni un suspiro
Lánguido se exhalaba de su labio.

Entró Azadrach y su figura altiva
En los ricos tapices proyectando,
Fantasma parecia, que á la estancia
Lanzára para mal la voz de un mago.

Terrible el moro meditó un momento
Su venganza feróz; y cual presagio
De un golpe destructor, fatal sonrisa
Dió á sus facciones un aspecto aciago.

Dos veces Azadrach á su gumía
Llevó sangriento la robusta mano;
Y otras dos veces suspiró infelice
Rendido de su amor á los encantos.

—¡Y Zeit! ¡y mi patria! en voz confusa
Repite el moro con acento amargo;
Perdóname, cristiana, pues tu sangre
Puede salvar tan solo á mis hermanos.

Elfa, perdona; mas tu dulce aspecto
Detiene inerme mi invencible brazo....
Muere por fin; y en tu sangrienta tumba
Mi pueblo encuentre su salud y amparo.

¡Matarte yo! ¡y en tu inocente seno
Sacrificar mi amor! ¡ver de tu labio
La sonrisa espirar! ¡y á tu asesino
Tender inútil la adorada mano!

¿Qué seré yo sin ti, cristiana hermosa?
¿Dónde sin ti, dirigiré mis pasos?
¡Sangre no mas, y destruccion tan solo
Ha de seguir al moro solitario!

¡Elfa, perdon...! — Y la dormida dama
En su dulce pasion tal vez soñando
Sensible suspiró, y el duro pecho
Del terrible Azadrach quedó aterrado.

— ¡Y mi pueblo! otra vez con amargura
El moro repetia, ¡y mis hermanos!
Muera esa hermosa, si infeliz y pobre
Mi pueblo ha de morir por ella esclavo.

Dijo: y blandiendo al punto su gumía
Se avanza el moro, en su pasion luchando
Con los recuerdos de su amor ardiente
Y un porvenir que le ofreció su encanto.

Llega y levanta con turbado aliento
La cortina feliz, y un débil rayo
De luz bañando la dormida dama
Hace aumentar de su hermosura el pasmo.

Que siempre una muger se ostenta bella
Dulce cual nunca en sus preciosos rasgos
Si el hado impío á abandonarla obliga,
O de perderla en fin nos llega el caso.

Temblaba el moro, como tiembla el hombre
Si en su negra impiedad intenta osado
Con mano impía derribar un ara
Donde sus padres por su bien oraron.

Pero impelido el moro por el genio
Que al mal sonrie, levantó su brazo,
Para cortar con vengadora saña
La bella flor en su inocente tallo;

Cuando la dama dispertando ansiosa
Lanza un agudo grito, y en su pasmo
El ojo suplicante al moro inclina,
Y el moro queda á su espresion turbado.

Triste silencio sucedió á aquel grito
De profundo terror por breve espacio,
Hasta que un golpe que atronó la estancia
Aumentó de esta escena el sobresalto.

Era que el negro vigilante oyera
El confuso rumor, y bien armado
La puerta abriendo penetró ligero
Cual perro fiel al grito de su amo.

Lucha terrible entre los dos atletas
Iba la estancia á ensangrentar acaso,
Cuando cerca se oyó del rey D. Jaime
La voz solemne y el rumor de pasos.

—¡El rey! esclama en su pesar la dama:
¡El rey! repite el moro avergonzado:
¡El rey se acerca! murmuraba el negro:
Y fuera grita el rey: salga el villano.

ROMANCE IV.

Sombrío el cielo entre apiñadas nubes,
Triste y oscuro, tras la noche horrenda
En que Azadrach en su venganza quiso
Sacrificar á su dormida bella,

El dia amaneció. Ya el rey D. Jaime,
Su luz aciaga saludando apenas,
Por el noble Pertusa su escudero
Mandó que el moro á su presencia venga.

Vestia el rey, como Saul gigante,
Rico jubon de raso, calza estrecha,
Bohemio negro y guarnicion de raso,
Larga la manga con capilla lleva

De buitron, y por demás de raja
Y con mucho brahon una jaqueta;
Y haciendo airoso su garrido talle
Cortas como el jubon unas faldetas.

Un riquísimo cinto tachonado
Le ajusta en derredor, de donde cuelga
Un mocador muy fino; y los zapatos
Que acuchillados son, lleva de seda.

Sobre el fornido pecho se desprende
Un lujoso collar de oro y de perlas,
Rico tesoro que valia un pueblo
Y que el monarca en su valor aprecia.

Gorra con plumas su cabeza cubre
Y deja al aire, como insigne prenda
De su ilustre conquista, la ancha herida
Que en noble cicatriz marca una ceja.

El augusto monarca á largos pasos,
Retemblando el salon, mudo pasea,
De vez en cuando su mirada altiva
Fijando con orgullo en la alta puerta.

Escúchanse, por fin, unas pisadas
En el cercano corredor y vuelta
Al rumor la cabeza, ve á Pertusa
Que para entrar demanda su licencia.

— Entrad, le dice el rey: ¿dónde está el moro?
— Vuestro permiso, ó rey, el moro espera.
— Adelante, impaciente el soberano,
Adelante ese moro, le contesta.

Y á un signo grave el escudero humilde
Retírase al momento, y en presencia
Del rey el moro retembló azorado
Como el reo ante el juez terrible tiembla.

Mal me pagades, moro, mi cariño,
Le dice el rey, cuando en mi propia tierra
Te di una patria que perdido habias,
Patria que hidalgos en su seno encierra.

— Mal, por San Jorge, te portaste, moro;
Mancillaste mi hogar y en tu vileza
Manchar osaste bajo el régio techo
Mi puridad y fe con torpe mengua.

Cual villano ladron te introdugiste
En la régia mansion, donde Elfa bella
Buscó el seguro de un monarca noble,
Que sabe defender á la belleza.

Mal, por San Jorge, te portaste, moro:
Y si aforcarte mi poder te ordena,
Es un castigo que á cualquier villano
Se impone por la ley, el moro entienda.

¿Páganse así de mi amistad los dones?
¡Los moros de Granada recompensan
De un modo tan ruin los beneficios
Que infiel de mí un proscrito recibiera!

Sodes traidor, el moro; hazaña digna
Hicisteis de quien sois. Mas no esta tierra
Con sangre de traidor será bañada;
Que es tan leal que ni aun la quiere muerta.

No empero ingrato á tus servicios buenos
Será el rey de Aragon; que en recompensa
Perdónate la vida, y á tu patria
Vuelve, Azadrach, y mi desprecio lleva.

Mas entended, el moro; que si corre
Por mi amada ciudad la triste nueva
De lo que osado en mi mansion tentaste
Perjuro acometer, cual alta empresa,

Y antes mi pueblo, á quien respeto y amo,
Cual te prevengo, por tu mal no dejas:
Te juro, por San Jorge, que á las plazas
Irá rodando tu ruin cabeza.

—Perdonadme, señor; fingidamente
El astuto Azadrach al rey contesta:
Perdonadme, señor, que no es mi sangre
La sangre de un traidor, ni hay mancha en ella.

Escuchadme y juzgad. Cercano el dia
En que á la fe mi corazon se abriera,
A un fraile de Guzman en ciertas dudas
Respecto de mi amor consulté á ciegas;

Y él docto y previsor, ante mi dama
Mandó que al punto mi perdon pidiera;
Y aprovechando de la noche el velo
Vine á su estancia por secreta puerta.

La amo, señor; y de su amor sencillo
Confio mas mi conversion sincera,
Que de las doctas graves reflexiones
Que las palabras de mi monge encierran.

Solo por ella reconozco humilde
La fe de mi Señor; porque muy bella
La religion será, cuando tan pura
Hace esa religion una belleza.

Ardiendo en mi pasion fui á suplicarla
(¿Ni quién en este lance el tiempo cuenta?)
Que al despertar de esta mañana el dia,
Y al asomar el alba falaguera;

Ambos á vuestros pies, señor, postrados,
Yo mi bautismo á vuestro amor pidiera
Y en premio de mi fe la union de entrambos,
Pues tanto la amais vos, lográra ella.

Este el delito fue; mas si ultrajado
Vos os creisteis, mi cabeza es vuestra,
Que para ser cristiana, solo falta
La bendicion de Dios y de la Iglesia.

Eran tan elocuentes las palabras,
Del ardido Azadrach, tal la influencia
De su mirada penetrante y noble,
Y tanta, al parecer, su fe sincera;

Que el rey ageno á una dobléz ó engaño
Le creyó asáz leal, la mano diestra
Tendiendo al moro que al besarla humilde
Triunfante levantó su faz risueña.

—¿Y cuándo, dime, preguntó el monarca,
Despojándote fiel de esa corteza
De impura religion en que has vivido
En el seno entrarás de nuestra Iglesia?

—Cuando querais, gran rey; pero una gracia
Vuestro esclavo, señor, aquí os pidiera,
Si despues del delito cometido
Gracia ante vos un miserable encuentra.

—Habla, Azadrach; porque en el pecho hidalgo
Perdonada una vez, muere la ofensa.
—Tengo, señor, á mi poder fiado
Fuerte castillo en encrespada sierra;

Que allende el Júcar en riscoso valle
Levanta al cielo entre gigantes crestas,
Desafiando al tiempo y á los hombres,
Sus robustas altísimas almenas.

Segun convenio independiente y solo
No es aun vuestra, señor, mi fortaleza;
Porque el rey de Castilla la pretende;
Pues diz que en sus conquistas tambien entra.

No ingrato, pues, á vuestro nombre grande
Entregarlo, señor, mi mano intenta,
Y su sucia mezquita por Raimundo (*)
En templo convertida al punto sea.

Dignaos, pues, venir, y del castillo
Tomad la posesion y en noble ofrenda
De la nueva capilla mi bautismo
Celébrese en buen hora y honra vuestra. —

Dijo Azadrach: en el semblante noble
Del régio personage la indulgencia
Súbito se mostró; pues su alma ardiente
Nunca esquivó á su honor estas empresas.

(*) San Raimundo de Peñafort, confesor del rey D. Jaime.

—Contad que iré; y al coronar el dia
Mañana con su luz de mi Valencia
Las viejas torres y mi antiguo alcázar,
Cumplir te ofrezco mi real promesa.—

Segunda vez el moro del monarca
Humildoso besó la mano régia
Y saludando al rey sale, llevando
Su próxima venganza satisfecha.

Pertusa tras el moro ante D. Jaime
Cual cumple, con respeto se presenta
Anunciándole humilde que á sus plantas
Llegar Carróz ansiaba con Noguera.

—Entre, interrumpe el rey; que mi morada
Nunca á mis caballeros se les cierra:
Con ellos platicar, Pertusa, huelgo,
Siempre que en pro de mi servicio sea.

Y entraron los ilustres paladines:
Del invicto Carróz era siniestra
La orgullosa mirada, y mas sombría
De Noguera la faz se manifiesta.

— Guárdele Dios al que invencible y fuerte
Ganó de moros la estimada Denia,
Dijo á Mosen Carróz el gran D. Jaime
Tendiendo al punto su potente diestra.

Y al que en el campo y en consejo siempre
Fiel caballero con el rey se ostenta,
Conserve el cielo, con cortés acento
Dijo el monarca á su leal Noguera.

— Perdonadme, señor, Carróz turbado
Le dice al rey, si de terribles nuevas
Somos, malgrado, mensageros tristes,
— Nada, señores, á D. Jaime aterra.

Proseguid sin temor: mientras valiente
El pueblo de Aragon y de Valencia
Mi mando aprecie, como fiel y bueno,
Y á su monarca desleal no sea;

Toda la Europa me verá impasible
Luchar y reluchar; y mis banderas
Terror del mundo, donde quier brillantes
El mundo cruzarán siempre sin mengua.

¿El pueblo acaso de sus libres leyes
Murmura desleal? ¿Mi fiel Valencia
No estima ya su libertad, ni el cetro
Que libre y grande donde quier le hiciera?

— El pueblo acata vuestro mando augusto
Cual mereceis, señor. Toda esta tierra
Bendice al rey que entre los pueblos grandes
Grande tambien vuestro poder le diera.

¡Guay del que ingrato á su monarca noble
Faltar osare á su bondad inmensa!
Mas no el cristiano tan faláz falsía
Dentro en su pecho con dobléz alienta.

Son los moros, señor, que sacudiendo
La ley suave para bien impuesta
Despreciando el perdon que generosa
Vuestra mano, gran rey, les concediera;

Conspiran donde quier; y sus mesnadas
Ocultas ya por las vecinas sierras
Con armas y caballos á la lucha
Con torpe ingratitud fieros se aprestan.

Sus jóvenes robustos á porfía
Prepáranse atrevidos á la guerra,
Y del oculto gefe los mandatos
Para lanzar el grito solo esperan.

Esta noche, señor, cuando dejamos
Concluido el consejo, á vuestra alteza,
Por negro callejon atravesando,
De la inminente rebelion las pruebas

Tocamos sin dudar. Cual caballeros
Al valiente Azadrach por buena pieza
El paso disputamos; que estos lances
Frecuentes son en nuestra altiva tierra.

Mas de repente la insolente mano
De un moro mal nacido, una cabeza
Trunca, asquerosa y destilando sangre
A los pies arrojara de un Nóguera.

Toma, nos dijo; de una guerra á muerte
La segura señal y firme prenda,
Y antes de concluir, entre las sombras
Acosado del miedo el vil huyera....

—¡Por San Jorge! el monarca le interrumpe
Dando á su voz una espresion siniestra,
¿Lo matasteis, Noguera? —Le matara,
Pues solo así borrara tal afrenta.

—Bien, por quien soy, le contestó D. Jaime,
Que lugar no ocupara en mi nobleza
Quien mancillado por villano moro
No lavara con sangre tanta mengua.

—Y bien, Carróz, si los ingratos moros
De D. Jaime al poder le ofrecen guerra,
Mal lo pensaron en su torpe engaño
Pues la guerra tendrán por vida nuestra.

No vale, empero, su impotente saña
Que desprendidos de la noble esfera
En que brilla el valor de los cristianos,
Procuremos cortar en propia mengua

La rebelion en su asquerosa cuna:
Dejad que al campo temerarios vengan,
Y allí en el campo nuestros ricos-hombres,
Y el rey con ellos vengarán su afrenta.

Débiles son, cuando en sus clubs oscuros
Confian á canalla inmunda y ciega
De su victoria los soñados lauros;
Pues quien se oculta, su impotencia muestra.

Mas porque el pueblo en su feliz bohío
Lejos de nos en sus labores sea
Por canalla soez interrumpido,
Y goce en paz en sus tranquilas tierras;

Ireis, Carróz, á asegurar á Alcira
Con cien ginetes y con mil ballestas.
A Játiva Noguera y cien peones
Cubran el monte que llamamos Muela.

Mientras nos en persona antes cumpliendo
Al valiente Azadrach una promesa
Sagrada para nos, allende el Júcar
Volaremos despues á son de guerra.

Mas antes de un castillo solitario
Entre fuertes y altísimas almenas
Con pompa digna del monarca es justo
Celebrar, buen Carróz, alegres nuevas.

La hermosa dama que Valencia admira
Porque es, cual mas, encantadora y bella,
Disputada en las justas y torneos
Digna de un rey, porque en belleza es reina,

La que en el mundo de Carróz ilustre
Con orgullo y virtud el nombre lleva,
La que entre hermosas y sin par merece
En su frente ceñir la diadema,

En lazo conyugal á mi valido
Al ardido Azadrach, la Santa Iglesia
Mañana ayuntará; porque este moro
Tiene del rey y de Carróz las prendas,

¿Qué decis, paladin? —Señor, responde,
Como padre, Carróz: si vuestra alteza
Su palabra le dió; nunca un vasallo
Hará faltar al rey á su promesa.

Tal vez el moro abjurará en las aras
De nuestra santa religion su secta;
Pues ni en su fe, ni en su valor dudoso
Nunca ha de ser el que su esposo sea.

Plazme, señor, en venturosa dicha
Ver á mi hija; pues vejéz empieza
A dejarse sentir sobre mi frente,
Y á arrebatar á mi vigor sus fuerzas.

Elfa, además, sin las caricias dulces
De una madre de amor en la tristeza
Cuenta las horas, si galan D. Jaime
Alguna vez su soledad no alegra.

La bendicion de Dios en su himeneo;
Y despues yo, señor, á la pelea
Que pues nací en el campo, entre las armas
Muy justo es terminar esta existencia.—

—Soisme leal, Carróz, dijo el monarca,
Y valiente además: enhorabuena
Os fiasteis del rey: que no es ingrato
Y mostrarlo sabrá luego en la iglesia.

Mañana, pues, al asomar el alba
Gran cabalgada me tendreis dispuesta;
Pero el rey, cual galan, será escudero
De la que amable en la hermosura es reina.—

Dijo el rey de Aragon; y el caballero
Lleno de gratitud su mano besa,
Que alargándola luego cortesmente
Con respeto y amor besó Noguera.

Y dejando despues la régia estancia,
El monarca invencible solo queda
Muy pensativo por espacio breve
Marcándose en su faz honda tristeza.

Mientras tan grande en el seguro alcázar
Tuvo lugar esta importante escena,
Otra en la orilla de la mar mas dulce
Preparaba el amor en sus finezas.

Despues que el moro del monarca augusto
Infiel se despidió, la mente llena
De confusion y de venganza inicua,
A la orilla del mar al punto vuela.

A la orilla del mar; donde incansables
Sus confidentes con afan esperan
Del oculto caudillo la llegada,
Para dar la señal de dura guerra:

Erase entonces solitario y triste
Peligroso lugar lo que hoy ostenta
Pintorescas barracas y alquerías,
Bello recreo de la fiel Valencia.

Oculta en juncos la sonora fuente
Que llamamos de Gas, entre malezas
Apenas murmuraba deslizada
Hasta perderse en la menuda arena.

Solitaria la playa no ofrecia
Del mar sobre las ondas turbulentas
De tantos buques el aspecto vario
Junto á ese muelle en que las ondas ruedan.

Solo á lo lejos y de vez en cuando
Bogaba silenciosa una galera
De algun pirata que de Argel venia
Buscando en nuestra costa alguna presa.

Tal era el punto que Azadrach fijaba
Como sitio feliz de confidencias;
Y allí llegó para cumplir sus planes,
Pues gente habia que su arribo esperan.

Tambien un pagecillo le aguardaba
Mensagero muy fiel, que de su bella
Noticias importantes le traia
Comunicadas por gruñona dueña.

Preséntase Azadrach; y al punto llama
A los suyos aparte y con siniestra
Terrible voz por su Zeit pregunta,
Y, que murió Zeit, ellos contestan.

Era este moro el que insolente y fiero
Provocára la lucha con Noguera,
Y que huyendo el furor de su contrario
Muerto á sus plantas se quedó por tierra.

Tembló Azadrach; y en el rencor convulsos
Sus miembros todos rechinando suenan;
Y al hablar, en su acento se notaba
Toda la rabia que en su pecho encierra.

—¡Murió Zeit! gritaba estremecido,
¡Murió Zeit! y de su torpe lengua
Sin órden las palabras se salian,
Cual torrente de lava allá en el Etna.

Calló un momento; y en su faz hermosa
Una lágrima ardiente al punto rueda,
Y hondo suspiro dilató su pecho,
Que en su angustia mortal respira apenas.

Mas luego prosiguió: mañana mismo
Dará comienzo su venganza cierta.
Sangre por sangre bañará este suelo
Maldecido de Dios y del profeta.

Parte al momento, Alí, y á nuestros bravos
Que allá en los riscos mi presencia esperan,
Les dirás que esta noche estará entre ellos
Quien, como es justo, libertarlos sepa.

Ocultos de los montes escabrosos
En las frecuentes ignoradas breñas
Solo á mi voz han de salir y entonces
A un golpe solo la victoria es nuestra.

Prevenles que yo iré; y Alá prospere
La santa causa que á verter nos fuerza
Sangre á torrentes; cuyas turbias ondas
Han de inundar tambien hasta Valencia.

Dijo: y los moros confidentes doblan
Su frente al suelo, y saludando á priesa
Al altivo Azadrach, que es ya su gefe,
Gefe esterminador, de allí se alejan.

Aun de sus pasos el rumor lejano
Cerca del moro, aunque dudosos, suena,
Cuando vuelto Azadrach al pagecillo
De su dama le pide dulces nuevas.

— Mi señora, el mancebo le responde,
Os saluda por mí, mientras se apresta
A respirar del mar las frescas brisas
Con los sus pages y su adusta dueña.—

— ¿Elfa vendrá? con espresion ambigua
Pregunta el moro. — Y aun aquí la espera
Del mar entre la bruma vuestro esclavo,
Que os pide albricias por tan grata nueva.

— ¿Mas quién á tu señora este recreo
La pudo persuadir? ¿ó fue la dueña
La que accediendo á mis ardientes votos
Por fin la dicha de mi pecho llena?

—No fue la dueña, el pagecillo imberbe
Le repone sutil, la que á esa bella
Cerca del mar en soledad preciosa
Arrebatada en su pasion la lleva.

Es que mi rey á mi señora dijo
No sé qué cosas de himeneo, iglesia,
Y bendicion nupcial, que estas noticias
Su alma dejaron en placer deshecha.

Y á su alteza pidió que con sus pages
La dejara salir y con su dueña,
Y que os buscase me mandó; y yo vine,
Lo dije, me entendisteis, y ella llega.

Llegaba cierto la graciosa dama
Como la aurora del Abril risueña;
Oyéndose de lejos los relinchos
De los muchos caballos que la cercan.

Caminan hácia el mar, y el bravo moro
Montado en su alazan, por corta senda
Galopa sin parar hasta el encuentro
De la dama gentil y de su dueña.

En caballo morcillo cabalgaba
Airosa y libre la cristiana fembra,
Que al moro sonrió tranquila y dulce
Tirando al bruto las doradas riendas.

Apéase el doncel y la rodilla
Galan doblando en la menuda arena
La ayuda á descender, dando la mano
A la que amaba sin igual doncella.

Los de su acostamiento respetosos
Algo mas lejos de la mar se apean,
Y solos Azadrach allí en la playa
Con su dama y la dueña á un lado quedan.

De la hermosa doncella el pie ligero
En la playa sutil tocaba apenas,
Cuando de hinojos á su planta el moro
Con tales voces á su dama ruega:

—Perdóname, mi bien, si un solo instante
Pude olvidar que á tu pasion sincera
Debo la vida, el porvenir, la gloria,
Y aun el valor en la feróz pelea.

Perdóname, mi amor, si los recuerdos
De mi patria infeliz cegar pudieran
Mis ojos, por no ver que tu hermosura
Mi corazon á la venganza cierra.

¿Perdónasme, es verdad? ¡oh! que en tu boca
Solo palabras de bondad resuenan;
Ni puede ser cruel la que tan pura
Un cielo forma de la inmunda tierra.

— Te perdono, Azadrach; la jóven dama
Contesta con amor, y en su faz tierna
Lágrima dulce circuló tan pura
Cual gota de rocío en la pradera.

Pero ¿por qué, prosigue enternecida,
En tu altivo semblante la tristeza
Con profundo pesar del pecho mio
Marca la angustia con terribles huellas?

Cuando tan pronto del amor el lazo
Nos ligará, Azadrach, ¿por qué siniestra
Vuelves la faz á la que amante un dia
Te juró con amor constancia eterna?

¿Sientes acaso que la fiel cristiana
Te haga abjurar tu religion abyecta?
¿No son muy puras las hermosas flores
Que en los altares del cristiano cuelgan?

¿No es amorosa nuestra Vírgen santa
Cuando, cual madre, nuestro sueño vela,
Llenando el corazon con sus delicias
Cubriendo el alma en su bondad inmensa?

—No, por mi vida, de tus santas aras
El bastardo temor feróz me aleja:
Amo tu religion, porque es hermosa,
Porque es tu religion, y tú eres bella.

Pero perdona á mi doliente pecho
Esta lucha cruel en que pelea;
Esta lucha infernal que todo en sangre
Me circunda, me salva y aun me anega.

¡Elfa! ¡Elfa! perdon; mi pobre raza,
Raza de esclavos es; y en la miseria
Y en la dura abyeccion ¡ay! sumergida
A morir como esclava la condenan.

Biblioteca Universitaria de Valencia

¿Por qué encontrados de mi triste vida
Para mal de los dos en esta senda
Nos ayuntó el destino miserable,
Si tumba para entrambos hay en ella?

Hagamos de ella dos; tú tienes gloria;
La mas feliz para mi amada sea;
La que á un cadalso con terror conduce
Reserva para el moro, aunque le pesa.

—¿Por qué, doncel? con tribulado acento
Elfa pregunta respirando apenas.
—Porque un cadalso tu sepulcro innoble
Esposa de Azadrach acaso fuera....

Terribles como el mar en su bravura
Estas palabras de presagio suenan,
Y el alma de la jóven abrumada
Entre temores mil débil flaquea.

En el hombro del moro reclinando
Con angustias mortales su cabeza,
Siente morir; pero morir perdiendo
El dulce amor que sus delirios era.

No menos infeliz el rudo moro
Débil ya como un niño, titubea,
Suspirando, gimiendo y destrozando
Con su propio recuerdo el alma fiera.

Pálido en tanto y moribundo el dia
Declinaba al ocaso y las tinieblas
Cubrian ya la playa solitaria
Que el mar humilde murmurando besa.

Rubicunda la luna por la cima
De las tranquilas ondas las platea
Formando con su luz tranquila y blanda
A través de la mar una ancha senda.

Bien que importunas las oscuras nubes
Su luz empañan, y aun mecida en ellas
La luna parecia, cual navío
Sulcando el mar con sus ligeras velas.

Grande, imponente la natura misma
Hacia de la mar estas escenas;
Y en el noble silencio que reinaba
Adquiria el amor mayores fuerzas.

— ¡ Y he de ser infeliz! la dama grita.
— ¡ Y he de ser infeliz! feróz contesta
Rendido ya Azadrach á los tormentos
Que su indomable corazon aquejan.

Mas ¡ay! no lo serás; hunda conmigo
El destino cruel esa halagüeña
Dichosa prespectiva que en tus brazos
Me ofrecia el amor en su terneza.

Ultima vez en tu inocente mano
Que imprima un beso á tu doncel le deja;
Beso de á Dios, cuyo recuerdo hermoso
Hará mas triste mi amargura eterna.

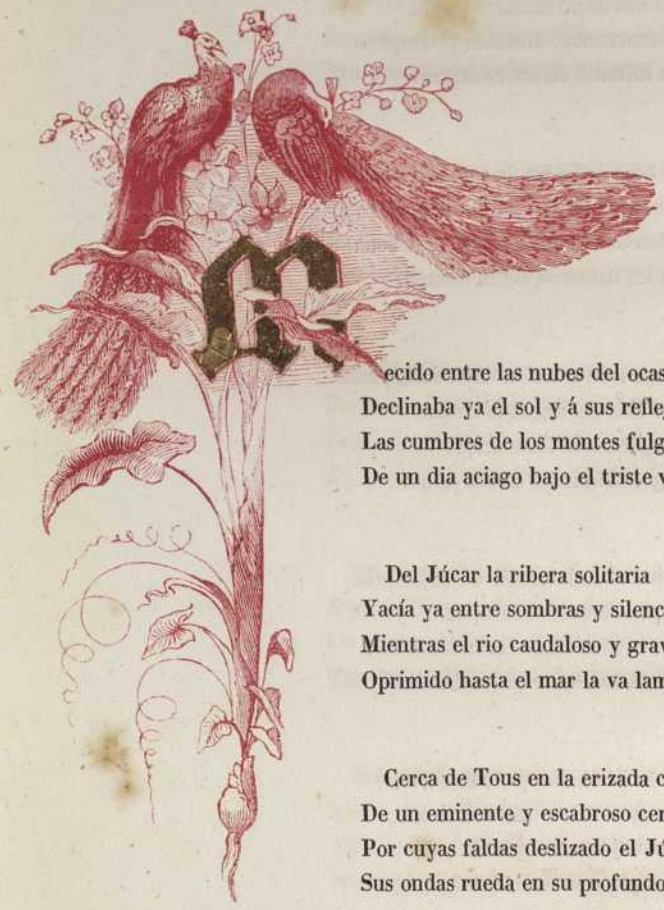
— ¡ Yo tiemblo, Vírgen santa! Es ya la hora;
La noche aprisa con sus velos cierra;
Vamos á la ciudad; y el pobre moro
Te dejará infeliz allá en sus puertas.—

— ¿Mas qué sucede? — Que el destino impío
Me deja ya escuchar la hora suprema;
Y mañana tal vez tu planta hermosa
Pisará de Azadrach la inmunda huesa.

Poco despues á la ciudad llegaba
Cabalgata sombría y en la puerta
Que antiguamente los vencidos moros
La llamaron tal vez de la Culebra;

Besaba un moro la preciosa mano
De una gentil y sin igual doncella;
Y una lágrima dulce desprendida
Hasta la frente de su moro rueda.

ROMANCE V.



Cecido entre las nubes del ocaso
Declinaba ya el sol y á sus reflejos
Las cumbres de los montes fulguraban
De un dia aciago bajo el triste velo.

Del Júcar la ribera solitaria
Yacía ya entre sombras y silencio,
Mientras el rio caudaloso y grave
Oprimido hasta el mar la va lamiendo.

Cerca de Tous en la erizada cumbre
De un eminente y escabroso cerro
Por cuyas faldas deslizado el Júcar
Sus ondas rueda en su profundo lecho,

Se alza un castillo, formidable un dia,
Donde los moros invencibles fueron,
Y hoy de fantasmas, duendes y vampiros
Bohatrina infernal ofrece el centro.

Por las ásperas faldas de aquel monte
Aun de dos pueblos los perdidos restos
Se estienden donde quier, que Terrabona
Y Otaniel les llamaron algun tiempo.

Las guerras de la union entre infortunios,
Allá en los dias del segundo Pedro,
De estos lugares con furor impío
Entre sangre sin fin los destruyeron.

Y el castillo tambien solo de escombros
Hacinado monton el triste aspecto
De una gloria marchita al mundo ofrece,
Perdidos para todos sus recuerdos.

Semejante á la bella que entre flores,
De turba enamorada entre el incienso,
La perfumada juventud gastara
Rendida del placer al embeleso:

La rie en torno de brillante vida
El grato porvenir; y en blandos besos
Santifica el amor, que al fin marchito
Tan solo vierte vaciedad y hielo.

Entonces ¡ay! en su espantable rostro,
La sucia enfermedad va corroyendo,
Y envuelto en podre bajo rudo harapo
Se arrastra torpe su doliente cuerpo.

Dichosa meretriz, si en un hospicio
Por mano bienhechora encuentra un lecho
Donde pueda morir, y halla una tumba
De su dañoso altar cavada lejos.

Tal el castillo que Azadrach mandaba,
Donde brillaron repetidos hechos
De prez y gloria, en Terrabona yace
Tan despreciado como el mismo pueblo.

Una escabrosa senda practicada
Sobre punzantes peñas de sendero
Difícil sirve, que besando el Júcar
Sinuoso á su pie la va ciñendo;

Hasta que estrecha en la encrespada cima
Penetra entre peñascos, que soberbios
Servian de escabel á aquel castillo
Que en sus almenas se elevaba al cielo.

Sordo rumor corria en los bohíos
Que el Júcar coronaba en aquel tiempo,
De que en los montes una gran batida
Preparaban del rey los caballeros.

Por doquiera los moros circulaban
Cautelosos y armados con misterio
Ocultando en los riscos sus tesoros,
Sus hijos y otras armas en apresto.

Tímidos los villanos de los campos
Huian con pavor; y á sus aperos
Llevaban los ganados, pues decian
Que en sedicion se hallaba todo el reino.

Tal en las tardes en que opaco amaga
Con espantosa tempestad el cielo,
Y al lejano rumor del viento rudo
Retiemblan ya del mundo los cimientos;

Vuelan las aves y en las altas copas
De los pomposos árboles huyendo
Buscan asilo, mientras rudo brama
Sobre sus nidos azotando el viento

Huyen las fieras; y el estenso valle
A la parduzca luz que baña el suelo
Queda en profunda soledad sumido,
Haciendo mas augusto su silencio.

Solo un fantasma, pues así parece
Sobre un peñasco, en el ropage envuelto,
Destacando en la sombra su persona
De una tarde invernal á los reflejos

Gallardo personage solitario
Se muestra inmóvil, y en su triste aspecto
Y en su mirada indagadora y fija
Algo de estraño brilla y de siniestro

Era Azadrach, cuya agitada mente,
Como la sombra de fugáz espectro,
De venganza en venganza discurria
Sangre cristiana á su placer vertiendo.

— ¡Y el rey vendrá! con frenesí esclamaba;
Su sangre beberé, cual de mi pueblo
La sangre noble sus feroces huestes
Sin piedad y sin término bebieron.

¿Qué somos ¡ay! en nuestra propia patria?
¿Qué somos ¡ay! en nuestro patrio suelo?
Viles insectos, que cualquiera pisa,
Pues miserables son esos insectos.

Tiene su nido el pajarillo errante,
Tiene una patria nuestro fiel camello,
Y el tigre tiene su cubil amado,
Y patria para todos dá el Eterno:

¡Solo nosotros, miserable raza,
Proscrita donde quier ¡ay! no tenemos
Como el camello, el pájaro y el tigre
Una patria quizá en el universo!

¡Mentira, vive Alá! que nuestro brazo
Invencible, cual es, hogar y suelo
Prestará á nuestros hijos y ganados,
Y esclavos nos dará el cristiano pueblo.

¿Qué erais vosotros, miserables, cuando
Terrible en su poder el sarraceno
Allá en el Guadalete envuelto en polvo
Vuestro poder gigante vió deshecho?

Y os hundiremos hoy; ó en guerra eterna
Ni en paz disfrutareis de vuestro imperio,
O con sangre tan solo y sangre vuestra
Hareis fertilizar el reino nuevo.

No es ya Zaen, el que cobarde entrega
A un rey conquistador su noble pueblo,
Y ante los lauros de un guerrero insigne
Doblega humilde su abatido cuello;

Qúe es Azadrach, el que os disputa el campo,
Y que aun rendido á vuestros pies, mas fiero
Del vencedor la ensangrentada mano
Morder sabria, en su dolor riendo.

Lanzado ya á un abismo ¿qué me importa
De un crímen mas el ponderoso peso?
Ingrato con el rey y con mi amada
Nada hay sagrado para mí en el suelo.

Guerra al cristiano; y que en su propia sangre
Nadando admire su faláz trofeo;
Y guerra, sin piedad; que vasta huesa
Cavó el destino para entrambos pueblos.—

Dijo Azadrach; y en su feróz mirada
Con horrible placer brilló el contento,
Como ante el crímen horroroso rie
Sangriento Satanás desde el infierno.

Era la hora en que la noche aprisa
Lanzando negra vaporoso aliento,
Con densas sombras entre opacas nubes
Iba la tierra con terror cubriendo.

Solo del Júcar el murmullo grave,
La calma augusta y general silencio
Con discordante son interrumpia,
El silbo agudo del furioso viento;

Cuando entre niebla penetrando llega
Gran cabalgata, que Azadrach muy presto
Gozoso conoció, y alto silbido
Hizo exhalar desde el profundo seno;

Y bajando confuso del peñasco
Por espesas malezas discurriendo
De pronto se ocultó; solo el turbante
Se viera alguna vez de trecho en trecho.

El rey cabalga; entre cuadrilla alegre
De ricos-hombres, pages y escuderos
Cabalgaba en su mula (*) el rey D. Jaime,
Cual si marchara á guisa de un torneo.

De damas y doncellas y de dueñas
Vistosa confusion iba siguiendo
De cerca al rey, que sonreia á veces
Mil sandeces oyendo y chicoleos.

Contara aquí en mi trova lancecillos
Muy dignos de notar que se supieron,
Y el vulgo comentó, si estas escenas
No aumentara tambien el vulgo necio.

Hubo dueña ochentona que cien veces
Contó mucho despues casos tan tiernos,
Que por pasar de noche harto creibles,
Y por contarlos ella, acaso fueron.

(*) Cuenta él mismo que en esta espedicion iba á caballo en una mula.

Mas como el vulgo se cebó en la dueña,
Hablando de las damas con respeto,
Lo que mucho estrañamos, nuestra historia
Las dejará tambien en el silencio.

Ufano el rey, y complaciente andaba,
Como siempre gentil y caballero,
Obsequiando á las damas, pues con ellas
Siempre de flores fue su altivo cetro.

En plática amorosa entretenido
Le cubriera la noche con sus velos,
Cuando llamara su atencion un silbo
Que á tales horas pareció siniestro.

Elfa se estremeció, y el rey D. Jaime
No sé qué cosa murmuró en secreto,
Que Elfa se sonrió, blanda mirada
Al augusto monarca dirigiendo.

Mas si el monarca la señal estraña
De pronto despreció, no este desprecio
Mostrara al distinguir en los picachos
Anchas hogueras que de trecho en trecho,

Brillaban de los montes en las cumbres:
Señales todas que en aquellos tiempos
Los moros de Valencia por usanza
En sus lances nocturnos admitieron.

El rey lo viera; y aunque al punto cuenta
Que hay una infame traicion por medio,
Nada en su rostro manifiesta y fia
Tan estraña aventura á su denuedo.

Pensativo no obstante y silencioso
Camina el buen monarca largo trecho,
Cuando Noguera que impaciente observa
Las funestas señales un momento,

Se acerca al rey y, «mi señor, le dice,
Así Dios guarde vuestro nombre y reino,
Como al fin de Azadrach la astucia infame
Nos sorprende villano en este aprieto."

—¿Teme el Noguera? con sonrisa amable
Contéstale el monarca, ¿ó el aliento
Tan dulce como débil de estas damas
Supo apagar vuestro sin par esfuerzo?

—Caiga, señor, de esa canalla inmunda
Que torpe nos amaga entre los hierros,
Si falta brio á mi robusto brazo,
O al corazon le falta su ardimiento.

Temo, señor, por vos en cuya vida
Fundan su dicha populosos reinos;
Y en noche oscura os esponeis, malgrado,
Mediando faldas, porque son tropiezos.

—Huelgo, Noguera, que á esas pobres faldas
Respetes por quien soy, porque su aspecto
A cincuenta que somos, por encanto,
Dará valor como si fueran ciento.

Mas entienda el Noguera que á D. Jaime
Primero de Aragon tan solo el cielo
Castigando mis culpas rendiria,
Jamás del mundo el combinado esfuerzo.

Mas si Azadrach con su villano porte
Trata esta noche audáz de sorprendernos,
No será vencedor, pues para entrambos
Pocos, Noguera, son tan pocos perros....

Un agudo silbido esta palabra
De repente cortó; y un grito inmenso,
Grito de muerte, aterrador, al punto
Resonó por el valle y por los cerros.

—Ya ladraron, Noguera; el gran monarca
Dijo, radiando su imponente aspecto,
Y en guardia los peones y ginetes
Imitando á D. Jaime se pusieron.

Gran confusion en las apuestas damas,
Formando un bello grupo, por momentos
Produjo el grito que atronando corre
Desde el profundo valle hasta los cerros.

De aquí y allá por las enhiestas breñas
Salen los moros con atróz estruendo
Tal vez cantando su victoria inicua
Con brusca gritería antes de tiempo.

Bien pronto el rey, cuyo potente brio
Brilló cual nunca, en el nocturno encuentro,
Se avanza hácia los moros esclamando
Con resonante voz: ¡San Jorge, á ellos!

Por un momento entre las densas sombras
Se oyó de la batalla el choque inmenso,
Vagando airada la funesta muerte
Víctimas devorando en el silencio.

De cuando en cuando en el undoso Júcar
De algun batallador el grave cuerpo
Caia despeñado de la cumbre,
Donde el combate se ofrecia recio.

Roncos gemidos, moribundos ayes,
Fieras imprecaciones, y el estruendo
De tantos golpes, penetrando el aire,
Repetian doquier profundos ecos;

Y en las cavernas cóncavas del monte
Los gritos de dolor se repitieron,
Mientras la luna se eclipsó entre nubes
Y ronco el rio rebramó tremendo.

¿Qué hacia el rey? en su venganza noble
Guerrero colosal, entre guerreros,
Sendos fendientes sin cesar doblaba,
Sangre vertiendo su terrible acero.

Seguíale Noguera, que aunque armado
De sus pesadas armas, grandes hechos
Hizo en aquella tremebunda noche,
Del rey aragonés en pos siguiendo.

Que terrible el monarca, como el brazo
Sañoso y destructor del voráz tiempo,
Doquier destrozos sin parar hollaba,
Doquier dejando ensangrentados restos.

—¡Azadrach! ¡Azadrach! ¡traidor infame!
Gritaba el rey, y su imponente acento
De peñasco en peñasco hasta el castillo
Con horrendo pavor llevaba el eco;

« Ven, perro infiel, y pues el rey cabalga
Temblarán de ese fuerte los cimientos;
Ven, perro infiel, y mi bufon mezquino
Será bastante para abrir tu pecho."

Y revolviendo su temible diestra
Cercado de cadáveres sin cuento,
Y pisando doquier muertos cristianos
Ya confundidos con los moros muertos,

Azote vengador de breña en breña
Persiguiendo á los moros ya dispersos
Y casi al pie del colosal castillo
Gritó: ¡victoria! ¡ya el castillo es nuestro!....

—Aun no, responde con acento brusco
Desde una prominencia un sarraceno;
Aun no, porque á su altiva puerta
De Elfa hallarás, ó rey, el trunco cuerpo.

Y era Azadrach, que con el brazo alzado
Roto el ropage que ondulaba al viento,
Al brillo opaco de la turbia luna,
Y de una hoguera al resplandor incierto,

El genio de la muerte parecia
Que entre la horrenda destruccion risueño,
Horrenda carcajada á sus palabras
Hizo seguir con infernal desprecio.

Un bulto blanco que hasta el suelo arrastra
Colgado estaba de su brazo izquierdo,
Y un lánguido gemido resonaba
Cerca del moro enfurecido y ciego.

Por breve espacio iluminó la luna
Tan triste escena con fatal reflejo,
Y breve espacio enmudeció el combate;
Callado el rey y oscureciendo el cielo.

Mas pronto de un relámpago las nubes
El pálido fulgor ¡ay! entreabriendo
Al estampido precedió solemne
De un espantoso y prolongado trueno.

¡Venganza! esclama el rey. — Pues bien, venganza,
Le responde Azadrach; guerra en tu reino,
Guerra de destruccion; y hasta tu tumba
Tus lauros cortará mi fuerte acero.

Hasta tu tumba, ó rey, ó hasta la mia
La guerra marcará nuestro sendero:
Si á costa de mi pueblo te elevaste,
Del tuyo á espensas crearé otro pueblo.

Toma esa prenda, que á tu pecho es grata,
Recíbela, D. Jaime, en juramento
De lo que un moro en su venganza puede,
Prenda terrible que ofrecí al infierno.—

Biblioteca Universitaria de Valencia